



La arqueología en Costa Rica:

*Reflexiones
en torno a la obra de*
**Carlos H.
Aguilar Piedra**

Ana Cecilia Arias Quirós

Dedicatoria

A las y los estudiantes de Arqueología con el deseo de que no olviden, ni descarten las contribuciones del maestro don Carlos H. Aguilar Piedra, sin antes haber conocido su obra, haberla discutido y reflexionado acerca de ella.

A don Carlos H. Aguilar Piedra, maestro y amigo por siempre, a Doña María E. Bozzoli Vargas, de quién he aprendido mucho, sobre todo el gusto y la alegría que produce, conocer y compartir el estudio de la sociedad nacional desde una perspectiva histórica.

Agradecimientos

Un agradecimiento sincero a la Universidad de Costa Rica, representada por la Vicerrectoría de Investigación, el Laboratorio de Arqueología “Carlos H. Aguilar Piedra” y el Laboratorio de Etnología “María E. Bozzoli Vargas”

A Natalia Villalobos por su aporte a la obra que hoy presentamos.

A Denis Naranjo por su acuciosidad en la búsqueda de la información periodística acerca de don Carlos H. Aguilar Piedra.

A Rocío Monge Corrales, por la revisión filológica, muchas gracias.

A Felipe Calderón Novoa por su colaboración en la revisión y edición de esta obra.

A Eugenia Murillo Herrera, por el diseño gráfico de esta obra.

A mi amiga y colega Olga Echeverría Murray, por su interés y apoyo al revisar el texto que conforma esta obra.

A mi amiga y colega Margarita Bolaños Arquín, por invitarme a participar de este proyecto que aborda los aportes y la producción académica profesional de los profesores eméritos de la Universidad de Costa Rica y los premios Magón de los años 2001 y 2004, María E. Bozzoli Vargas y Carlos Aguilar Piedra respectivamente.

Muchas gracias a Todos y Todas.

*La arqueología en Costa Rica:
Reflexiones en torno a la obra de Carlos H. Aguilar Piedra*

PRÓLOGO

Para la celebración del cuarenta y cinco aniversario de la apertura de la carrera de Antropología, en marzo de 2007, y los cuarenta años de la creación del Laboratorio de Arqueología “Carlos H. Aguilar Piedra”, en el 2008, el Departamento de Antropología de la Escuela de Antropología y Sociología de la Universidad de Costa Rica (UCR) resolvió, en el año 2004, presentar un proyecto de investigación titulado *Sociedades indígenas costarricenses: contribuciones de María Eugenia Bozzoli Vargas y Carlos Humberto Aguilar Piedra*.

El objetivo primordial de las proponentes del proyecto de investigación era rendir homenaje a sus pioneros, recopilando y organizando su producción para publicar, posteriormente, en varios volúmenes, una selección de artículos, algunos inéditos y otros de difícil acceso, de las diferentes etapas de su desarrollo intelectual.

Carlos H. Aguilar y María Eugenia Bozzoli unieron sus fuerzas a principios de la década de los sesenta para abrirle espacio y consolidar la disciplina en la joven Universidad de Costa Rica. Esta etapa inicial de la antropología en Centroamérica, poco conocida por los y las jóvenes profesionales y estudiantes, ha comenzado a generar interés gracias a los esfuerzos, entre otros, de la Red Centroamericana de Antropología que, desde 1997, abrió el capítulo de la historia de la disciplina en sus congresos bianuales.

Especial reconocimiento queremos hacer a los maestros y amigos, quienes se hicieron merecedores del título de “chamanes”. Ambos fueron nombrados profesores eméritos luego de su retiro de la Universidad de Costa Rica; posteriormente, fueron merecedores de la más alta distinción en el campo de la cultura que otorga el Estado costarricense—el Premio Nacional de Cultura Magón—, permanecieron cercanos al Departamento de Antropología en sus mejores y más difíciles momentos, así como fieles a las luchas que emprendieron desde hace medio siglo.

Don Carlos falleció el 31 de marzo de 2008, a la edad de noventa y un años, dejando atrás una obra impresionante y muchos discípulos.

La publicación de este trabajo en torno a la obra de don Carlos constituye un testimonio de gratitud y de cariño al que se hizo merecedor por su gran calidad humana; por su labor docente en beneficio de cientos de estudiantes quienes pasaron por sus clases, por su participación en proyectos de investigación, en las tertulias, en las conferencias; por mostrar a sus alumnos y alumnas distintos horizontes teóricos y metodológicos, y por los aportes —que continuó realizando después de su jubilación— en temas relacionados con el desarrollo humano y la protección de las riquezas culturales y ambientales del país.

Los dos libros que se produjeron como resultado del trabajo de investigación, uno dedicado a Carlos H. Aguilar P., y otro a María Eugenia Bozzoli V., se diseñaron y se trabajaron de manera conjunta pero, por la envergadura del material recopilado, se decidió realizar la publicación separadamente. Las profesoras Olga Echeverría Murray y Margarita Bolaños Arquín tienen a su cargo la publicación concerniente a doña María Eugenia Bozzoli Vargas, la

asistente del proyecto de investigación fue Carolina Quesada, hoy profesora de la Escuela de Antropología de la Universidad de Costa Rica.

Este, dedicado a don Carlos, fue trabajado por la arqueóloga Ana Cecilia Arias Quirós y colaboraron como asistentes del proyecto de investigación Natalia Villalobos y Denis Naranjo; sin embargo, ambas obras fueron enriquecidas con las ideas aportadas por todas las personas mencionadas, mediante un trabajo de reflexión, discusión y análisis realizado periódicamente conforme se investigaba y se recopilaba el material.

INTRODUCCIÓN

La obra que presentamos contiene los aportes del autor de forma cronológica, sigue el análisis de la misma a partir de los referente teóricos y metodológicos utilizados por don Carlos, y cierra con una reflexión de la autora acerca de lo que debe ser a nuestro criterio, la práctica arqueológica, en mucho influenciada por el pensamiento de este arqueólogo por convicción y por vocación.

La introducción de esta obra tiene por objetivo explicar las diferentes etapas y el contexto en el que se desarrolla este autor, con el fin de comprender una trayectoria en la que se conjugan sus experiencias de vida, su obra académica y profesional e, incluso, su producción artística. Por esta razón, la hemos dividido en cuatro etapas:

- Su formación de estudiante en la vieja metrópoli de Cartago; sus años como maestro de escuela en la zona rural en los pueblos de La Gloria

de Juan Viñas, Llano Grande de Cartago y Tejar del Guarco, así como, en Tucurrique, localidad habitada en la época precolombina y durante la conquista por grupos aborígenes y, por tanto, marcada por una gran ascendencia y herencia indígena.

- Su partida, en 1941, a la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México (ENAH), época en que esta Escuela tenía un gran prestigio y atraía a estudiantes de muy diversas latitudes, no solo de América Latina sino, también, de Europa y de los Estados Unidos de Norte América. La importancia de los planteamientos de Franz Boas y Manuel Gamio, también de Alfonso Caso y de Otón de Mendizábal, entre otros, quienes marcan, de forma significativa, el sendero por el que se dirigen la Antropología y la Arqueología mexicanas. Asimismo, la experiencia de viajar a los Estados Unidos, en el año de 1946-1947, a la Universidad de Kansas, con el propósito de profundizar en la Paleontología y hacer una práctica de campo.
- Su retorno a Costa Rica, algunas experiencias laborales y su paso por el Museo Nacional de Costa Rica (MNCR), en donde trabajó en el Departamento de Historia Natural como Jefe de la Sección de Etnología. Su ingreso a la Universidad de Costa Rica, en donde impartió las Cátedras de Arqueología de América y Arqueología de Costa Rica.
- La creación del Laboratorio de Arqueología que hoy lleva su nombre y sus diferentes contribuciones mediante las investigaciones llevadas a cabo en Guayabo de Turrialba, Retes, El Molino, Pavas, entre otros, los cuales nos permitirán hacer visibles sus aportes a la arqueología y la

antropología costarricenses. Mencionaremos, también, en este apartado, algunos aspectos generales relacionados con su obra artística.

Sin duda alguna, escribir acerca de la obra de Carlos H. Aguilar Piedra y de María Eugenia Bozzoli Vargas no solo es un reto, sino que, además, nos refiere al quehacer de la Arqueología y de la Antropología Social en Costa Rica, por la sencilla razón de que ambas personalidades han marcado indeleblemente el derrotero de estas disciplinas en las generaciones actuales y en las venideras, pero ¿por qué razón? Daremos algunos fundamentos que, a nuestro juicio, podrían ayudar a comprender su gran aporte.

Tanto don Carlos como doña María Eugenia son portadores de sendas personalidades, muy distintas entre sí pero, a base de respeto mutuo y de una solidaridad que atraviesa el tiempo y el espacio, dieron vida a una forma de ver y de abordar los estudios arqueológicos y antropológicos. Podemos no estar de acuerdo con sus referentes teóricos y sus puntos de vista, pero no podemos ser indiferentes frente a sus contribuciones. La convicción, la transparencia y la pasión con la que desplegaron y despliegan estos autores su obra, no solo les consagra como pioneros de la Antropología en Costa Rica, sino que, además, demandan a las generaciones actuales un compromiso igual o mayor, una entrega igual o mayor, un abordaje innovador, una claridad teórica ligada a una percepción política de la realidad, dar más o igual que ellos pero nunca menos. Si no fuera así, seríamos unos despilfarradores de esa herencia acrisolada a partir del sacrificio y del compromiso que caracteriza la investigación científica de la realidad social y sería vano ese esfuerzo que hicieron, de ir a Guayabo de Turrialba y a Talamanca, como se pudiese. Lo importante para ellos era estar allí, conocer lo desconocido, llamar la atención sobre el componente

indígena que nos conforma, educarse y educar a las futuras generaciones enfatizando la multiculturalidad; aportar elementos de otros tiempos para entender los actuales; definirse a sí mismos como antropólogos, como estudiosos de la diferencia cultural, como portadores de un nuevo mensaje en un contexto que aseguraba nuestra blanquitud y reivindicaba el desarrollo social alcanzado a partir de la casi inexistente “raza indígena” a diferencia, claro, del resto de “Centroamérica y de América Latina, tan atrasadas y tan llenas de indios”.

Don Carlos H. Aguilar P. y doña María Eugenia Bozzoli V. son y seguirán siendo referentes de la Antropología costarricense, a pesar del polvo del egoísmo y de la ceguera de quienes no lo quieren ver. Por esto, el trabajo que presentamos tiene como objetivo hacer un reconocimiento a estos dos autores, de la forma más entrañable, y compartir, con las generaciones actuales, su pensamiento como lo haría un maestro, porque ambos son maestros.

Primera etapa: sus años como maestro de escuela.

Contexto costarricense a inicios del siglo XX

A inicios del siglo XX, Costa Rica tenía una economía fundamentalmente agrícola, caracterizada por un modelo agro-exportador basado, principalmente, en la producción de café y banano. Ese modelo fue impulsado por medio del proyecto político de los liberales y se asentaba, de manera preferente, en la asociación de sectores sociales unidos por lazos personales y familiares. El modelo trataba de integrar a toda la nación en su proyecto, apoyándose en un sistema educativo que fomentaba valores como libertad, democracia y progreso.

Don Carlos H. Aguilar nació en 1917 y, por tanto, vivió en ese contexto histórico que acabamos de describir. Fue el primogénito de una familia muy numerosa y tuvo que hacer un gran esfuerzo para estudiar y salir adelante en su vida profesional. Realizó sus estudios primarios en las Escuelas Ascensión Esquivel y Jesús Jiménez y los secundarios en el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago. En 1937, entró a la Escuela Normal, en la ciudad de Heredia, en donde, entre los ideales que se predicaban –tal y como lo mencionamos con anterioridad– estaban la importancia del impulso que se debía dar a la alfabetización popular, la educación como instrumento de acción política, como vehículo cultural y de cambio social, entre otros, aspectos todos que influyeron en él de tal manera que, en su vida profesional, aplicó e impulsó esos ideales como maestro de escuela, profesor universitario y arqueólogo y, en su vida personal, con el esfuerzo, la superación y la disciplina que mostró en su desarrollo como persona.

Comenzó a impartir lecciones en 1935, en la escuela del Duan de Tucurrique, aun antes de entrar a la Escuela Normal, luego, en La Gloria de Juan Viñas, Llano Grande de Cartago y el Tejar del Guarco, lugares en los que trabajó hasta 1940. Estas experiencias en la zona rural y en una localidad como la de Tucurrique, de clara ascendencia indígena, le sensibilizaron en las cuestiones relativas a la arqueología y a la antropología. Como el mismo don Carlos lo apuntó, su pasión por la arqueología nació en el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago, pues allí encontró profesores formados en historia y geología que le enseñaron la tarea de investigar. *“Esa actitud hacia la investigación llevó a que algunas gentes pensaran en mí*

para que trabajara en el Museo Nacional y, entre ellas, un geólogo muy distinguido que fue Alfonso Segura Paguagua”. (Entrevista a Carlos Aguilar).

Don Carlos Aguilar inició sus actividades en el Museo Nacional y ocupó la dirección de la Sección de Zoología. Allí tuvo la oportunidad de conocer científicos muy importantes quienes le permitieron investigar con ellos; logró una beca de la Rockefeller Foundation, y de algunas instituciones mexicanas, para seguir estudios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en México, de donde se graduó, en 1946, como el segundo arqueólogo graduado de la ENAH; asimismo, realizó una pasantía en la Universidad de Kansas con arqueólogos importantes como Albert Spaulding. Los esfuerzos realizados por don Carlos, en su vida profesional, se reconocieron al ser elegido entre las 150 personas que se postularon para obtener dicha beca de la Rockefeller Foundation. Es así como, al finalizar sus estudios, se convirtió en el primer arqueólogo profesional en los ámbitos costarricense y centroamericano.

“De 1947 a 1949, trabajó en el Museo Nacional de Costa Rica como Jefe de la Sección de Arqueología pero, también, como Inspector de Escuelas Indígenas y profesor en instituciones, tales como el Colegio San Luis Gonzaga y el Colegio Vocacional de Artes y Oficios, en la ciudad de Cartago. En una pequeña reseña que publicó en su página web el Ministerio de Cultura y Juventud de Costa Rica, cuando don Carlos recibió el Premio Nacional de Cultura Magón, se puede visualizar su vocación por la enseñanza: *“Se le dio el puesto de Inspector de Escuelas Indígenas. Enseñó Cabécar con el libro de texto*

elaborado por el antropólogo mexicano, Ricardo Pozas, en la comunidad de Salitre... ”¹.

Estudios realizados e influencias recibidas

Don Carlos H. Aguilar parte, en 1941, a la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México y se encuentra en un ambiente en donde todas esas instituciones –que hemos mencionado en el apartado anterior–, están recién creadas y en proceso de consolidación, en un ámbito académico en el cual la presencia de un sinnúmero de personalidades, quienes han hecho historia en el campo de la arqueología y la antropología, estaban haciendo valiosos aportes metodológicos e implementando nuevas técnicas de investigación, muchos de ellos, con un vivo interés por los estudios de carácter histórico de corte descriptivo, con distintas ideas acerca del papel que debía tener el indio en la sociedad y acerca de la implementación de políticas institucionales, algunas de ellas para ser aplicadas, por medio de la escuela, a esas distintas poblaciones indígenas. Como veremos en líneas posteriores muchas de estas ideas influenciaron la labor académica y profesional del profesor Aguilar.

Tercera etapa: su retorno a Costa Rica

Experiencias laborales y profesionales

Como se ha mencionado, don Carlos H. Aguilar había trabajado como jefe de la Sección de Zoología del Museo Nacional de Costa Rica, a partir de 1940 y por iniciativa del señor Juvenal Valerio, persona quien había sido su profesor en el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago. Para 1942, continúa sus estudios

¹Ver cita Electrónica Ministerio de Cultura.

en México—en la Escuela Nacional de Antropología e Historia—, los cuales culmina en 1946 y los complementó con un año de permanencia en la Universidad de Kansas. A su regreso, en 1947, Aguilar estaba imbuido de un concepto de arqueología “científica”, como él la llamó, interesada en el manejo del tiempo y del espacio; apoyada en el método estratigráfico, las secuencias culturales se convirtieron, para Aguilar, en el referente principal de la investigación arqueológica; el trabajo en otros contextos, como los funerarios, era importante, pero conocer acerca de la secuencia del cambio cultural era imprescindible.

Como indican Bolaños y Carvajal (2006: p. 8), el profesor Aguilar “... *tropezó con un Museo desfinanciado, con serios problemas laborales y, por otra parte, con la visión clásica que se tenía de antropología en la antigua Facultad de Letras y Filosofía*”.

Don Carlos Aguilar Piedra solicitaba el cargo de técnico en el Departamento de Arqueología del Museo Nacional y participar de las investigaciones que se realizaban, saliendo al campo, actividad que siempre lo cautivó.

No obstante, los problemas en el Museo Nacional continuaron, la Universidad de Costa Rica y el Museo Nacional se distanciaron. Para 1949, se insiste en nombrar como director de esta Institución a una persona de renombre y se propone al profesor Jorge Lines, quien acepta el puesto ad honórem. De forma interesante, los empleados del Museo Nacional y del Parque Bolívar proponen como director a Carlos Aguilar (Bolaños & Carvajal, 2006).

Algo digno de mencionar es la injerencia que los coleccionistas mantenían en esos años:

“... se crea la Junta Administrativa del Museo Nacional en 1949 a instancias de la antropóloga norteamericana Doris Stone, quien residía en el país desde el decenio de los treinta. Políticamente, muy cercana a don José Figueres, a Doris Stone se le invistió de poder suficiente para nombrar a un grupo de acaudalados (...) para dirigir el Museo Nacional. Todos estos acontecimientos no tuvieron otro desenlace que la separación de la Universidad de Costa Rica y el Museo Nacional. Para el año de 1952, el Poder Ejecutivo traslada la administración de esta Institución al Ministerio de Educación Pública, instancia igualmente desfinanciada, incapaz de asumir el Museo” (Bolaños & Carvajal, 2006: p.10).

Indudablemente, al asumir el poder Doris Stone, el profesor Aguilar se vio obligado a retirarse de la Institución y dedicarse a *“actividades administrativo-docentes en la enseñanza secundaria”* (Bolaños & Carvajal, 2006: p. 11).

Ya para los años de 1961, don Carlos Aguilar Piedra, doña María Eugenia Bozzoli Vargas y don Eugenio Fonseca Tortós ingresan a la Universidad de Costa Rica. En realidad, para el caso particular de Aguilar es un “reingreso”, pues ya había sido funcionario del Museo Nacional y, por ende, ya había ingresado a la Universidad. Don Carlos se hizo cargo, a partir de 1962, de los cursos de “Arqueología de Costa Rica” y “Arqueología de América”, en sustitución del profesor Jorge Lines, quien se había acogido a la jubilación. Como lo indican Bolaños y Carvajal (2006: p. 14):

“En 1965, los profesores Carlos Aguilar y María E. Bozzoli enviaron al Consejo Universitario un proyecto para el

entrenamiento y desarrollo de la investigación en el área de la arqueología. Este nuevo intento culminaría con la creación del Laboratorio de Arqueología en 1967”

Este espacio académico profesional es de gran importancia para la Antropología costarricense, la Universidad de Costa Rica y para la Nación.

Ingreso a la Universidad de Costa Rica

En la Universidad de Costa Rica, la Reforma Universitaria había iniciado en 1954 con la transformación de la antigua Facultad de Filosofía y Letras, en la Facultad de Ciencias y Letras. En 1955, se había propuesto la creación de un departamento de Ciencias Sociales; sin embargo, no fue sino hasta después de aprobada la Reforma, en 1957, con la apertura de los Estudios Generales, que las carreras como Antropología, Sociología y Psicología tuvieron el apoyo del Consejo Universitario.

Entre 1957 y 1967, intelectuales como Carlos Meléndez, Claudio Gutiérrez, Rodrigo Carazo, Rafael Obregón, entre otros, movidos por el espíritu nacionalista y de progreso del ideario de Rodrigo Facio Brenes, se atrevieron a solicitar el regreso del Museo Nacional a la Universidad de Costa Rica, todavía liderado por la Dra. Stone.

Con el ingreso de Aguilar y de Bozzoli a la Universidad de Costa Rica, y el retiro de la Dra. Stone de la Junta Administrativa del Museo Nacional, las posibilidades para realizar investigación arqueológica se fortalecieron. En 1965, se presentó al Consejo Universitario la creación del Laboratorio de Arqueología y, dos años más tarde, se aprobó su apertura. Los años entre 1967 y 1969 fueron importantes para la consolidación de las carreras de

Antropología en Centroamérica. Se contó con aportes de la Fundación Ford para la Facultad de Ciencias y Letras, recursos que permitieron nombrar a algunos de sus profesores en plazas de tiempo completo².

El maestro Carlos H. Aguilar Piedra, graduado de la Escuela Nacional de Antropología de México desde 1946, debió esperar hasta 1961 –cuando el profesor Jorge Lines se retiró de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Costa Rica– para sustituirlo en la cátedra de Arqueología de Costa Rica y María Eugenia Bozzoli en la de Antropología Cultural, en la nueva Licenciatura de Historia y Geografía.

Los escasos recursos económicos, la misión asignada al Museo Nacional y las prioridades establecidas por la Universidad de Costa Rica, creada en 1940, reflejaban, para la década de los sesenta, la visión de sociedad y de desarrollo que la clase en el poder y sus intelectuales habían venido hilvanando con esmero desde inicios de siglo XX. Ni la historia precolombina, ni las culturas indígenas, ni las poblaciones rurales periféricas al Valle Central, ni los efectos de la colonización agrícola sobre los bosques constituían temas relevantes para las institucionales nacionales

La apertura de la carrera de Antropología en la Universidad de Costa Rica no fue posible sino hasta 1962, cuando el Consejo Universitario autorizó la creación del Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos y del Departamento de Ciencias del Hombre, el que ofreció el bachillerato universitario a partir de 1964; sus planes de estudio se aprobaron en 1966. Esto coincide con la apertura de los programas en Ciencias Sociales en las universidades públicas centroamericanas, las cuales abrieron sus aulas

² Comunicación escrita con la Dra. María Eugenia Bozzoli Vargas (7 de mayo de 2003).

entre mediados de 1950 y principios de 1960, y ofrecieron un espacio a sus profesionales y a los pioneros de la Antropología, quienes recién comenzaban a cuestionar la visión decimonónica de la historia centroamericana y las condiciones de explotación de las poblaciones indígenas. Así, se aprecia la diversificación de los componentes de población estudiados y de las preocupaciones que contrastan con las ideas de los intelectuales de los primeros decenios. El indígena comenzaba a tomar el rostro de sujeto oprimido y nuevos sectores aparecían en el complejo escenario sociocultural centroamericano: los afro-descendientes y el multiétnico sector de trabajadores bananeros, enfrentados desde los años treinta a las compañías norteamericanas adueñadas del Caribe centroamericano, se visibilizaban.

Como bien lo indicó el profesor Aguilar, hasta ese momento fue cuando se le preguntó acerca de los objetivos que él se había impuesto al regresar a Costa Rica; claramente se refería al rescate arqueológico: *“(...) el rescate no de las piezas arqueológicas, sino el de los testimonios sociales o culturales que existen ahí guardados”*³.

A don Carlos le preocupó siempre poder sobrepasar la descripción y adentrarse en el contenido; la cultura material era la llave para entrar y llegar a las personas y no quedarse solamente en las cosas. Por ello, la obra de Aguilar se caracteriza por una depurada descripción de la cultura material pero, también, por un interés siempre presente, el de interpretar, decir algo acerca del simbolismo, de lo espiritual de los pueblos indígenas, de allí su pasión por el chamanismo.

³ Entrevista: don Carlos Aguilar 1989: p.14, San José. En: Revista de Historia N.18

Cuarta etapa: Creación del Laboratorio de Arqueología en la Universidad de Costa Rica

Contexto académico y profesional en que se desarrolla la obra de Carlos H. Aguilar Piedra

Los estudios de don Carlos H. Aguilar se enmarcan dentro del modelo histórico cultural, paradigma que tuvo sus orígenes en países europeos, en donde, en el siglo XIX, la tendencia evolucionista-cultural empezó a decaer y no satisfizo la explicación del cambio cultural. Se empieza a dar un énfasis al difusionismo y a la migración en el estudio de los orígenes de los pueblos. La lenta transición hacia la orientación histórica de la arqueología, el desarrollo de un método tipológico, las cronologías culturales de la prehistoria y de las variaciones culturales y étnicas, el ordenamiento de los datos arqueológicos de cada período de la prehistoria, según un mosaico de culturas arqueológicas, ofreció un medio para explicar la creciente evidencia arqueológica recogida en diferentes regiones y períodos.

Las excavaciones son producto de ideas, reglas y normas que definen a la cultura (Lanata y Aguerre, 2004). Como lo indica (Childe: 1973), lo que define a una cultura es la presencia simultánea de un número determinado de características.

En América, este enfoque se desarrolló como respuesta a una toma de conciencia acerca de la complejidad del registro arqueológico (Trigger, 1992). La arqueología histórico-cultural logra dar respuesta a la primera

tarea de la arqueología, en lo que a descripción se refiere (Willey y Phillips, 1958).

Lo que se pretende es llegar a organizar la cultura material secuencialmente, establecer secuencias y áreas culturales por medio de su división y la ubicación espacio-temporal, en donde el cambio tiene una dimensión que puede ser temporal o geográfica. Estos cambios se explican por medio de procesos como la difusión, el intercambio, la migración, todo esto para lograr obtener información más allá del simple dato espacial-temporal del objeto, es decir, para obtener un contexto preciso.

La cultura, vista desde esta perspectiva, será compartida y acumulativa y es ahí en donde surgen una serie de conceptos de gran utilidad, como los de área cultural, fase, período u horizonte, además del uso de métodos básicos para interpretar el material arqueológico, el tipológico y el analítico.

El modo se ve como la abstracción de rasgos con significado por sí solos o en asociaciones, siempre que su presencia sea reiterativa, y el tipo está compuesto por modos que se presentan juntos en la muestra de material arqueológico.

Culturalmente, se puede llegar a utilizar el término de tradición, el cual se aplicará a rasgos que se dan durante un tiempo largo, que muestran continuidad. El término horizonte, por su parte, se referirá a un conjunto de características presentes en un espacio amplio pero en un tiempo relativamente corto (Willey y Phillips, 1958).

Una vez que se establecen las secuencias, se trata, de esta manera, de inferir en la vida de los pueblos pasados, llevando más allá los datos arqueológicos.

Como ya se ha mencionado en otros trabajos (Aguilar y otros, 2010), el acceso a lo que podríamos denominar “cultura material” y el interés por su conocimiento y estudio en Costa Rica se remonta a tiempos relativamente lejanos, caracterizados por un clima de conquista, de acercamiento inicial con el otro (conquistadores y conquistados) y de políticas irrespetuosas para lo nuevo que se estaba conociendo, tal es el caso de las crónicas de conquista y colonización.

Estas crónicas nos proporcionan descripciones de sociedades autóctonas que ellos frecuentaron, oportunidad inigualable, de la cual nos beneficiamos al conocer observaciones, descripciones exhaustivas, juicios de valor y acciones conducentes a lo que hoy llamamos la casi total aniquilación de nuestros pueblos indígenas.

Para las décadas de 1940–1970, el interés cambia cualitativamente, influenciados por el concepto de evolución y por la posibilidad de observar ese cambio en los materiales y en los “rasgos”; los investigadores(as) se abocan al establecimiento de secuencias culturales. Las sociedades son cambiantes, capaces de transformarse tanto por su dinámica interna como externa.

El empleo del método estratigráfico permitió el fechamiento relativo y, con ello, el manejo del tiempo. Además, se integra el fechamiento absoluto C_{14} . La tipología, la seriación y el método analítico son instrumentos metodológicos en este período, conceptos como tradición, horizonte y etapa

cultural son utilizados. Las excavaciones horizontales y verticales, buscando el contexto y, en consecuencia, la naturaleza y la función tanto de artefactos como de emplazamientos, son características. Algunos investigadores son: Wolfgang Haberland, William Kennedy y Claude Baudez y, nuestro autor, Carlos H. Aguilar P. Cada uno de ellos matizan en cuanto a sus objetivos: secuencias culturales, relaciones medioambientales, tipologías cerámicas y líticas, las que se observan en sus trabajos. Se podría pensar que aquí se sientan las bases de una arqueología más comprensiva.

Se considera prudente discutir aquí algunos ejes que, a nuestro juicio, atraviesan la obra de Aguilar Piedra –indispensables para comprenderla–:

- El chamanismo, sustrato disciplinario y espiritual, en comunidades ancestrales es establecido por el autor como un elemento explicativo y dinámico de las conductas sociales en tiempos precolombinos.
- La figura del chamán, los animales que le acompañan en sus actividades rituales, el vuelo mágico, los atuendos utilizados, los rituales de curación y de comunicación con los espíritus son documentados a partir del contexto arqueológico y de los artefactos que representan esa dinámica social que mueve las comunidades humanas. No sin sentido le llamamos a don Carlos “el chamán”, pues en él observamos características, actitudes y valores propios del personaje central del chamanismo.
- La ubicación espacio-temporal y la definición de tipologías –tanto cerámicas como líticas y de metal–son un eje central en la obra de este inquieto autor. Realmente, la descripción y la observación, que deben

realizarse en el momento de establecer tipologías, son notables en don Carlos, a nuestro juicio propio de un taxónomo, cuidadoso, claro y preciso. La ubicación temporal y la definición de secuencias culturales propias de un modelo teórico como el denominado histórico-cultural son centrales en la obra de Aguilar. La secuencia establecida por don Carlos para el Valle Central de Costa Rica, aún vigente, es un ejemplo claro al respecto.

- Compromiso con la conservación del patrimonio arqueológico. Don Carlos, a diferencia de otras personas, no solo hablaba de la necesidad de salvaguardar esta herencia maravillosa, si no que acumulaba en su haber aportes innegables en este sentido; sin duda alguna, la fundación del Parque Nacional Guayabo de Turrialba, hoy Monumento Nacional Guayabo, es el más conocido y el más trascendental, aunque no el único.
- La formación académica y profesional, en el marco de los colegios vocacionales y de la Universidad de Costa Rica, es otro eje que atraviesa la vida y la obra de don Carlos. Innumerables generaciones de estudiantes tuvimos el privilegio de compartir y aprender de don Carlos H. Aguilar. La arqueología para este autor era una de sus pasiones y así lo transmitía, llenando a sus alumnos y alumnas de un gran entusiasmo y sabiduría; es una herencia que vale la pena atesorar, por lo que queremos contribuir con un granito de arena para lograrlo.

La Arqueología de Costa Rica a partir de los trabajos del
arqueólogo y humanista Carlos H. Aguilar

El recorrido que hemos efectuado por las obras escritas de don Carlos H. Aguilar, no solo nos ha aportado, académicamente hablando, si no que nos ha fortalecido ideas y afectos que ya teníamos acerca de él⁴. A continuación analizaremos un conjunto de textos que nos permitirán acceder con mayor claridad al pensamiento del profesor Aguilar Piedra.

Análisis de los textos inéditos de Carlos Aguilar Piedra: primer arqueólogo costarricense

Se presenta un breve análisis de diecisiete textos que muestran algunas condiciones especiales que los hacen merecedores de publicación en el marco de este documento pues, una parte de estos, son escritos que anteriormente fueron divulgados. En su mayoría son, en la actualidad, de baja circulación o de difícil acceso para el público en general; asimismo, algunos de los textos son completamente inéditos. En esta sección se contó con la colaboración de la arqueóloga Natalia Villalobos Villalobos.

Para una mejor comprensión de la obra, es oportuno seguir un orden cronológico con el fin de entender y vislumbrar el avance y la profundidad explicativa, producto de sus continuas participaciones tanto en labores arqueológicas, como de etnógrafo y gestor del patrimonio cultural en diferentes zonas del país, así como, a su vez, para comprender un poco acerca de la realidad social, económica, política y cultural vivida en la época.

Tal y como ya mencionamos, al regreso a Costa Rica, situación posterior a su estadía en México, en donde se formó como arqueólogo, Carlos H. Aguilar entró a laborar al Museo Nacional de Costa Rica. Una de las secciones en

⁴ Como lo indicamos en un trabajo previo (2003), *“Gracias don Carlos por habernos dado el privilegio de compartir con usted ese amor por la vida y por la Antropología. Estará por siempre con nosotras y con las generaciones venideras”* (p. 17).

donde se desempeñó fue en la Etnología, en la que fungió como jefe; dicha labor le permitió tener acceso a ciertos objetos e información por medio de la cual escribe, y la que sería la primera de muchas publicaciones en Costa Rica, titulada *Joya excepcional de las culturas del septentrión mesoamericano encontrado en Nicoya*, publicada en *el Boletín del Museo Nacional*, T.2, en septiembre de 1948.

Este artículo ofrece una descripción y explicación inicial referentes a un jade encontrado en Nicoya, en la provincia de Guanacaste. El objeto perteneció a una de las colecciones privadas de finales del siglo XIX que, posteriormente, conformaron parte de la colección precolombina del Museo Nacional de Costa Rica.

Aguilar empezó a demostrar un gran interés en el concepto de Mesoamérica, evidentemente por su formación arqueológica ligada a dicho territorio, en donde estuvo en contacto con investigadores como Paul Kirchhoff, quien planteó, para el año 1943, este concepto y definió el área que se extiende desde el río Pánuco al Sinaloa pasando por el Lerma hasta la desembocadura del río Motagua y el golfo de Nicoya, incluyendo el lago de Nicaragua, como Mesoamérica (1992: p. 35). Confeccionó una lista de elementos culturales y, a partir de un juego de ausencia y presencia de estos, delimitó y definió el área. Además, prestó gran atención a la distribución espacial de los rasgos y el significado que esto tenía sobre las culturas. En este sentido, para esta delimitación del territorio se emplearon los modelos explicativos característicos de la Historia Cultural.

Con respecto a la descripción efectuada por Aguilar sobre el artefacto, es notoria la experiencia que adquirió a inicios de los años cuarenta en la

Sección de Zoología del Museo Nacional de Costa Rica, en donde desarrolló una capacidad de descripción taxonómica, esto por el considerable detalle con que se evidencia el proceso de manufactura. La descripción permite reflejar que dicho objeto es parte de procesos de intercambio y comercio a largas distancias dentro de esta área geográfica. Así, la recurrencia de palabras asociadas a pueblos del norte es constante en todo el texto (se destacan *xihuitzolli*, que refiere a un tipo de diadema frontal usada por “grandes personajes mexicanos”; otro ejemplo es *chalchihuite*, utilizado para referirse al jade, dentro de la arqueología de México).

Además, es importante resaltar el uso simbólico conferido al objeto, en el cual el autor capta dichos elementos por medio de la posición, el tamaño y la complejidad que le confiere el “artista”⁵ mediante la composición del artefacto.

Continuando en el tiempo, Carlos H. Aguilar, además de ser el primer arqueólogo costarricense, fue un educador que trabajó como inspector de escuelas indígenas, entre los años 1947 y 1948; este puesto le permitió interactuar con los pueblos indígenas de diferentes partes de Costa Rica.

Dicha experiencia lo llevó a plantear, para 1949, el documento titulado *Escuela indígena costarricense*, que le sirvió de trabajo para su incorporación a la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, y mostrar así su capacidad multidisciplinaria. Para estos momentos se encuentran en su apogeo diversas propuestas indigenistas que vienen desde los años treinta y que pretenden integrar (homogeneizar) a estos pueblos dentro de la conformación del aparato estatal.

⁵ Se resalta entre comillas los conceptos usados por el autor, pues reflejan parte de su posicionamiento teórico; en este sentido, no son utilizados de manera fortuita.

Se exponen dos referentes importantes que deben tomarse en consideración para dichas poblaciones; por un lado, el carácter histórico y, por otro, su condición ecológica. En este sentido, es interesante, pues se quiere reconocer su historia como pueblo, anterior a la conformación del Estado–Nación y del proceso de colonización europea, aunque se considera necesario brindarles “los medios materiales y espirituales” (Aguilar, 1949: p. 24) que los capaciten para actuar de acuerdo con el ritmo de la cultura moderna, de manera que “...*Las estrategias nacionalistas y de Estado tienden a rectificar y homogeneizar la cultura para hacer que parezca y llegue a ser compartido aquello que no era compartido*” (Fernández de Rota, 2005: p. 58); parece ser, entonces, que aunque hay una necesidad de reconocimiento de la contemporaneidad de estos pueblos, es preciso diferenciar el espacio de reconocimiento histórico del que corresponde a sus necesidades actuales.

Teniendo conocimiento de esta situación, Aguilar considera necesario que se señalen y se reconozcan las diferencias en el nivel de métodos que se deben establecer para trabajar dentro de la enseñanza formal con estas poblaciones. Siguiendo al autor, nos plantea que otro de los problemas encontrados es el continuo enfrentamiento cultural⁶ dentro de los pueblos indígenas con los pueblos no indígenas, situación que se da desde la época colonial. Es por eso que él considera necesario efectuar trabajos etnográficos con el fin de conocer la situación actual de las poblaciones indígenas.

La experiencia de dos años en este puesto le permitió ubicar otros problemas medulares en relación con dichos pueblos, tal es el caso de la tierra, pues hay

⁶ Los enfrentamientos culturales son anteriores a la época colonial pero, para este caso, un ejemplo más claro de estas relaciones conflictivas es la época de contacto entre indígenas con europeos, pues significó una reestructuración de su modo de vida y producción.

que recordar que para esta época solo se contaba con la *Ley de Baldíos* de 1939⁷, que declara inalienables y propiedad de indígenas los lugares en donde existan estas poblaciones, siendo casi tres décadas después cuando se ratifica la declaración por medio de la *Ley Indígena* N.º 6172, de 1977.

Esta situación del sistema de tenencia de tierras aún es vulnerable en el sentido que lo señala el autor, pues el carácter comunal de las tierras se resalta mucho en su modo de vida y producción, además de que está ligado a una serie de conocimientos no formalizados institucionalmente por el aparato estatal, en especial los referidos a su forma de subsistencia y las relaciones con el mercado y la redistribución de bienes. Respecto a esto, el autor establece que una de las necesidades educativas refiere a vincular estos elementos con otros, como el lenguaje, y dirigirlo hacia el sistema agrícola, de ahí que se proponga la “Escuela Granja” como modelo de centro educativo, en donde se optimice la producción sin que se deje de resguardar el territorio, así como todos los elementos que lo compongan (flora y fauna).

En la década de los cincuenta y sesenta, el autor pone mayor énfasis en temáticas de índole sagrada como los ritos y las festividades; además hace referencia a artefactos con importante significado social y de rango, que referían tanto a espacios públicos como privados en la vida de los indígenas precolombinos. Solo por mencionarlos están:

- 1952. *El complejo de las cabezas trofeo en la etnología costarricense.*
- 1953. *Retes, un depósito arqueológico en las faldas del Irazú.*

⁷ Para mayores referencias ver: *Pueblos indígenas de Costa Rica: 10 años de jurisprudencia constitucional (1989-1999).*

- 1965. *Religión y magia entre los indios de Costa Rica de origen sureño.*
- 1969. *El juego de pelota en la Gran Nicoya.*

En definitiva, para Carlos H. Aguilar, cada experiencia laboral fue un aprendizaje y reconocimiento e integración de diversos elementos a su particular visualización de la arqueología y, en especial, a su lectura de las dinámicas efectuadas por los antiguos pobladores; es así como, a inicios de la década de los setenta, presenta *Introducción al estudio tipológico de la orfebrería del Istmo Tumbaga*, en el XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, en Lima.

Propone el concepto del Istmo Tumbaga que lo delimita como el territorio de Colombia (Norte), Panamá y Costa Rica (excepto Guanacaste), en donde se utilizó la aleación de oro-cobre, siendo esta una de las primeras referencias acerca de la unidad tecnológica en la metalurgia para esta región.

Sin lugar a dudas, el autor hace uso de su experiencia previa lograda a partir de su tesis de Maestría en la que desarrolla el tema de la metalurgia, para poder establecer un ordenamiento inicial de estas sub-áreas, de forma que propone lo siguiente:

Costa Rica:

Línea Vieja

Diquís

Panamá:

Chiriquí

Coclé

Veraguas

El uso de figuras de animales como las aves, el lagarto y el jaguar, en conjunto con la representación de la figura humana, crean motivos de

fantasía o de metamorfosis que también se identifican en artefactos escultóricos del Intermontano Central, así como del Atlántico de Costa Rica, aunque no son exclusivos de estas áreas sino, más bien, es una tradición extendida en los imperios precolombinos del Norte y Sur de América.

El autor llama la atención, con respecto a su preocupación, de ¿cómo son obtenidos los objetos metalúrgicos?, puesto que, en su tiempo de ejercicio de la disciplina y anterior a este, la mayoría de la colección precolombina metalúrgica se obtenía sin asociación contextual, debido a su procedencia por medio del saqueo.

Básicamente, la descripción y la clasificación tipológica refieren, en su mayoría, a los elementos decorativos y a otros rasgos que componen las piezas; así por ejemplo, Aguilar nota que las variaciones morfológicas responden al manejo y, por ende, grado de especialización artesanal que se fue adquiriendo en las diferentes áreas.

Este tipo de trabajo marca el inicio del establecimiento de ubicaciones temporales y geográficas referidas a la metalurgia en Costa Rica y en países vecinos.

Para 1974 hay tres trabajos muy significativos para la arqueología del Valle Central y Vertiente Atlántica de Costa Rica: **Asentamientos indígenas en el Área Central de Costa Rica** (en *América Indígena* 34[2]); **El Molino: un sitio de la fase Pavas en Cartago** (*Vínculos* 1 [1]) y ***Un monolito zoomorfo en el Parque Arqueológico de Guayabo Turrialba***. Estos títulos representan parte de los trabajos realizados desde la Universidad de Costa Rica, como producto del proyecto de investigación sobre la secuencia cultural para el Área

Central que permite, a su vez, generar asociaciones con otras regiones del país y asimismo, relacionar secuencias culturales de otros países como Panamá y Colombia. Dichas investigaciones permitieron que la población estudiantil adquiriera experiencia de trabajo de campo, por medio de prácticas.

En el primer artículo, se caracteriza el Sitio Pavas como lugar especializado en ceremonias fúnebres, diferenciado por sus tumbas en forma de botella (pozos tronco cónicos) en donde se describe la organización social, lugares de posible ubicación, así como artefactos asociados a cada una de las fases propuestas por dicho autor, a saber: Pavas, Curridabat y Cartago.

Parece entonces existir un énfasis en la descripción y en la comprensión del sistema organizativo social sobre los entierros, siendo estos, marcadores parciales de las representaciones sociales que se tienen de un individuo y su grupo de referencia; en este sentido, la intencionalidad de un rito funerario sobrepasa el proceso de acompañamiento y continuidad de un individuo y refleja las disposiciones organizativas y sociales que, de forma colectiva, se expresan en un grupo.

Del segundo escrito, sobresale la ampliación de la referencia cerámica, al encontrar y agregar nueva tipología que se extiende hasta la Vertiente Atlántica, en donde se localiza el sitio El Molino, el cual se ubica temporalmente en la Fase Pavas.

En este sentido, el material cultural refleja las expresiones locales y regionales siendo, muchas veces, imitación, invención, reinterpretación de

ideas, expresiones estilísticas o de manufactura, que responden a una noción local y general.

El último artículo para esas fechas, se sitúa entre 1974 y 1975 y se denomina: *Un monolito zoomorfo en el Parque Arqueológico de Guayabo Turrialba*; este documento forma parte de un informe semestral presentado al Instituto Geográfico Nacional.

Aquí el autor realiza una exhaustiva descripción del petrograbado y marca una de las primeras interpretaciones iconográficas sobre su posible significado; además abre una brecha importante al referirse a la explicación de este tipo de rasgos, hasta el presente poco estudiados. Parte de la interpretación es referida al vínculo de diferentes culturas de orígenes distintos (Norte-Sur) en la que existe entre estas, una contraposición ideológica de carácter religioso.

El abordaje de este tipo de evidencia, en este caso el monolito, en términos interpretativos abre todo un espacio de discusión importante y necesaria para el desarrollo de la disciplina. En este sentido, se podría decir que la representación del monolito es un indicador no solo del dominio de técnicas de manufactura especializadas o manifestaciones artísticas sino además, todo un sistema de nociones, de creencias y de ideas que está asociado directamente al medio ambiente y, por ende con un uso, ubicación y ordenamiento dentro del espacio en que los antiguos pobladores se movilizaban. Así, el empleo recurrente de figuras zoomorfas, antropomorfas, geométricas, entre otras, va más allá del conocimiento práctico del ambiente, en donde pareciera indisoluble su visión de mundo, mediada por la naturaleza con respecto a sus creencias; de esta manera, se buscan los significados subyacentes más allá de lo evidente en términos gráficos.

Este trabajo forma parte de ese interés desarrollado sobre la zona de Turrialba, en donde se inician trabajos arqueológicos en la comunidad de Guayabo, lugar en donde se logra ubicar un sitio que llevará el mismo nombre. Este lugar le permite al autor establecer parte de la secuencia cultural del Valle Central y la Vertiente Atlántica.

Guayabo tuvo un papel muy importante en la formación de arqueólogos y de profesionales de otras disciplinas al servir como lugar de práctica y de formación. Esta situación, a su vez, permitió crear interés en la conservación de sus componentes (estructuras, rasgos), lo que llevó a que se fundara como Parque Arqueológico y, luego, Monumento Nacional, siendo el primero en su tipo para el caso costarricense.

Como se puede apreciar, el sitio Guayabo de Turrialba se tornó significativo, no solo por su componente arqueológico sino porque simbolizó la formación de antropólogos, arqueólogos, entre otros especialistas, y por la lucha por salvaguardar el patrimonio cultural de la Nación.

A mediados de los años setenta, exactamente en 1976, se publicó **Relaciones de las culturas precolombinas en el Intermontano Central de Costa Rica** (*Vínculos 2* [1]).

Este es el proyecto de las secuencias culturales que se ha distinguido como una investigación de gran envergadura, al tener tantos años de continuidad.

Para ese momento, se habían investigado otras zonas del país (noreste de Guanacaste, por Coe y Baudez, las llanuras del Atlántico, por Snarskis, y el

Pacífico Sur, por Lothrop, Haberland y Linares), todos investigadores extranjeros. Estos trabajos son complementarios al de Aguilar y, así, por medio de una arqueología propia, se consiguieron grandes avances, esencialmente en la clasificación cerámica.

En este período de investigación, se cuestiona el carácter y la intensidad de las influencias externas y se menciona que, los factores externos no fueron los motores principales del desarrollo cultural local, un ejemplo es este documento de Aguilar, en donde las influencias externas fueron tomadas como simples variables; se enfatiza en la idea de que la evolución social de estos pueblos no fue inducida.

Este giro en las investigaciones supuso una revisión a profundidad acerca de la importancia y el impacto de las migraciones procedentes de Mesoamérica. Robert Carmack⁸ afirma que la mayoría de estos estudios se llevaron a cabo siguiendo modelos de evolución cultural.

El hecho de delimitar un área cultural no significa que se esté determinando como el único espacio de interacción de los individuos que pertenecieron a este. Así, los procesos de intercambio y de comercio nos refieren a relaciones entre grupos a larga distancia; las investigaciones de diferentes regiones permitirían promover asociaciones entre estas, el dinamismo de ideas, tecnologías de manufactura y de artefactos o de ciertos atributos, pero bajo sus propias dinámicas.

⁸ Robert M. Carmack (1993: pp. 45-48) define la evolución cultural *“como una perspectiva de análisis histórico que se centra en los procesos culturales por los que una sociedad se desarrolla de un nivel de complejidad a otro superior y tiende a ser un modelo materialista”*.

De 1979 y hasta 1982, don Carlos Aguilar efectuó un trabajo interdisciplinario (arqueología–vulcanología) e interinstitucional (UCR–ICE–Instituto Smithsonian) en la zona Norte, el cual se denominó *Introducción a la arqueología del volcán Arenal: tefraestratigrafía y secuencia cultural*.

Este proyecto venía gestionándose desde finales de los años sesenta, cuando se logró obtener financiamiento de parte de la National Geographic Society, lo que permitió la participación de varios estudiantes en las diversas actividades de la investigación.

Se efectuaron labores de arqueología de rescate en sitios arqueológicos que estaban siendo alterados por el proyecto hidroeléctrico Arenal. Aquí, los trabajos vulcanológicos facilitaron dataciones muy confiables, por encontrarse una estratigrafía compuesta por estratos de origen volcánico (tefras).

Aguilar planteó que parte de la propuesta de la secuencia cultural para el Arenal, se relacionaba de forma tentativa con la propuesta de Guanacaste, aunque en términos temporales, se asoció con las fases del Intermontano Central y la Vertiente Atlántica. Esta secuencia permitió la ubicación de 10 sitios arqueológicos, entre ellos, sitios tempranos con influencia de la Vertiente Atlántica y sitios medios y tardíos asociados al Pacífico Norte.

La naturaleza de la investigación permitió conocer la interacción de los pueblos precolombinos con el medio ambiente (volcán) ya que la evidencia de ocupación humana precolombina coincidió con la frecuencia de actividad volcánica, de manera que estos pobladores fueron testigos de la acción

efectuado por esta estructura, básicamente porque la evidencia apuntó a diversos momentos de ocupación.

Iniciando la década de los ochenta, a don Carlos se le presentó la oportunidad de trabajar en Panamá como Asesor Técnico en el rescate del Sitio El Caño; de dicha investigación saldría, como uno de los resultados, el trabajo *Parques arqueológicos en el Área Intermedia, estudio de dos casos: Guayabo de Turrialba, en Costa Rica, y El Caño, en Coclé, Panamá*. Se establece una comparación del estado de intervención (por profesionales y otros), en la conservación de este tipo de parques, a partir de la experiencia derivada en estos dos lugares.

En este texto, el autor señaló una serie de preocupaciones en torno a la creación de parques arqueológicos en términos institucionales por la falta de asignación presupuestaria, el manejo administrativo y educativo de este, en especial hace referencia a la dificultad, no tanto de su creación, sino de la continuidad de este tipo de proyectos, por lo que consideró necesario asegurar un mínimo de requisitos que deben cumplirse para su adecuado desempeño. A partir de este último punto, el autor realizó una especie de “catálogo” de normas mínimas que deberían seguir los parques arqueológicos. Simultáneamente, se debía asegurar el promover una legislación efectiva que no dejara portillos ante posibilidades de alteración pero que se ajuste a la vez, a la realidad nacional vivida en nuestros países. Por otro lado, consideró que para asegurar la conservación y la promoción de la investigación de este tipo de sitios, se debían adjudicar a instituciones como la Universidad de Costa Rica y el Museo Nacional de Costa Rica.

Por otro lado, estos parques sirvieron como parte de la construcción de un nuevo modelo de identidad en el que se inserta el componente precolombino, admirándolo, investigándolo y, por ende, justificando la importancia de incluirlo en la historia.

En estos casos, la arqueología se considera como una ciencia que tiene herramientas que pueden producir conocimiento y educación mediante sus trabajos y la producción de informes, así como de promover investigaciones a largo plazo. En esta línea, la Universidad de Costa Rica pudo gestionar los trabajos comunales universitarios, por medio de los cuales se relaciona con las comunidades de la zona y se efectúa un trabajo en conjunto con ellas.

Don Carlos plantea la necesidad de conocer otras experiencias en el extranjero que permitan reflexionar y reformular las acciones de conservación de sitios arqueológicos protegidos; en este caso, el ideal de un parque arqueológico es más cercano a Guayabo de Turrialba que al sitio El Caño.

Con respecto a la información arqueológica, es importante señalar que en esta investigación, Aguilar utilizó el concepto de Área Intermedia, paralelo al de Mesoamérica; en la década de los cincuenta, Wolfgang Haberland fue el primero en utilizar el término de Área Intermedia para definir la región geográfica que se halla entre Mesoamérica y los Andes Centrales, mientras que Gordon Willey (1958) delimitó sus fronteras.

El concepto de Área Intermedia se basa en la ausencia de elementos característicos de "alta civilización" (grandes centros ceremoniales, una arquitectura monumental, entre otros). Se observa en la propia definición un mayor énfasis en aquellos elementos ausentes del área, respecto a los

considerados como propios de los que sí se desarrollaron; el nombre de Área Intermedia se deriva de su posición geográfica, esto significa que a dicha zona, se la consideró nuevamente como un puente o nexo de unión entre las dos Américas.

Otro de los artículos de los inicios de los ochenta, que vuelve a hacer referencia a la metalurgia, es *Presencia temprana del cobre en el Intermontano Central de Costa Rica*, de 1981. El autor aquí visualiza la problemática que causa el huaquerismo como práctica que destruye contextos o posibles asociaciones, y las repercusiones de estas sobre la disponibilidad de información (que era escasa y aún hoy lo es), en especial de los artefactos de metal. Es por esta misma razón que le da gran importancia a las excavaciones controladas científicamente para la recuperación de artefactos de esta naturaleza, para poder asociarlos a otros elementos.

En este artículo se empieza a incluir de forma tentativa, la provincia de Guanacaste por la información suministrada en las últimas investigaciones realizadas en la región en esa época, en donde se logran ubicar sitios arqueológicos con presencia de artefactos metálicos.

Una vez más, las descripciones realizadas de diferentes objetos le permiten inferir características decorativas para asociar, espacial y temporalmente, cada región arqueológica de Costa Rica con la denominada Istmo Tumbaga.

Esta capacidad de observación y sentido clasificatorio faculta a este autor para trabajar en conjunto con otras personas, como es el caso del *Informe preliminar de la primera temporada de exploraciones arqueológicas en el*

Monumento Nacional de Ujarrás: excavaciones en el área del convento, investigación que llevó a cabo con el arqueólogo Rodolfo Tenorio en 1984.

El trabajo realizado en ese lugar forma parte de un proyecto turístico que busca la exaltación de la nacionalidad y que forma parte de los trabajos de protección y visualización del patrimonio cultural, el cual hace participes a diversas instituciones para su conservación (Instituto Costarricense de Turismo (I.C.T.); Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes (M.C.J.D.).

Este sitio arqueológico cuenta con un importante componente colonial aunque también precolombino. Fue el primer trabajo controlado de investigación arqueológica en sitios de este tipo, y se reconoce en él, que la arqueología de rescate debe trabajarse en forma de proyectos a largo plazo.

El trabajo efectuado permitió describir las técnicas constructivas y la distribución del espacio en las estructuras utilizadas en esas épocas. Elaborar investigaciones en sitios de este calibre implica realizar una propuesta en conjunto con otras disciplinas, con el fin de obtener medidas de conservación y de divulgación.

A mediados de los años ochenta (1986), encontramos el borrador de *Los usékares de oro* con el título *Oro y chamanismo de la arqueología de Costa Rica*. En esta investigación se enfoca el tema de la metalurgia desde su significado a nivel simbólico y de organización social en los grupos indígenas de Costa Rica y enfatiza en la diferenciación de rango: caciques, chamanes.

En este caso el autor expone una serie de conceptos acerca del chamanismo y, en aquellos elementos que conforman la labor de intermediario de los seres humanos y los espíritus, utiliza como principal recurso la interpretación. Entre sus principales resultados está determinar que se comparte una tradición orfebre y de práctica del chamanismo con Panamá y Colombia.

En este texto, Aguilar hace una serie de interpretaciones en torno a los significados conferidos al oro como materia prima, bien restringido y, en especial, “su condición tributaria y ofrendatoria” con un carácter religioso.

Para poder establecer los vínculos en torno a estos elementos, el autor considera que una dimensión importante fue el chamanismo, como medio de relación entre el ser humano, el medio ambiente y su noción de mundo. Así, la figura del chamán viene a establecerse como un eje dentro de las representaciones precolombinas, no siendo el único, pero sí una figura central. En el texto se usan referencias históricas y etnográficas de grupos que habitaron y habitan, en la actualidad, en territorio costarricense, con el fin de establecer comparaciones entre artefactos, rituales y demás manifestaciones culturales que se pueden asociar a este tipo de especialización.

Entre las figuras alusivas o asociadas al chamán, destaca el ave como representación de la transformación que este personaje logra por medio del ascenso mágico.

La descripción y la decoración de las piezas permite, incluso, establecer el tipo de aves a las cuales se hace referencia y, a su vez, el tipo de contacto establecido por el chamán.

El personaje del chamán es asociado con otros tipos de animales como figuras de saurios, felinos y otras formas decorativas como diademas, tocados, tobilleras o narigueras. La condición del chamán, a su vez, se asocia con representaciones de mensajero, intermediario, procreador y fertilidad; todos estos atributos serían parte de la condición metamorfosis que se le ha adjudicado.

Este texto preliminar, de lo que sería el libro *Los usékares de oro*, forma parte del recorrido profesional del autor en el cual se complementa su conocimiento de materias primas y manufactura de artefactos con la interpretación iconográfica en la cual se explora, con detalle, significados de cada componente objetual.

Por último nos encontramos con el trabajo denominado *Metalurgia prehispánica*, investigación que tiene como fecha de conclusión 1996 y que representa la recopilación de información de toda su carrera como arqueólogo. Dicha investigación no es más que el resultado de una gran cantidad de información recopilada, probablemente, desde los años en que inició sus estudios en México, ya que presenta el proceso tecnológico de la orfebrería en toda América. Este trabajo pretende ser una síntesis de muchos datos que se habían escrito acerca de la orfebrería americana y pone énfasis en los procesos de manufactura, específicamente en las técnicas de manufactura de artefactos.

Don Carlos recibió, para este trabajo, las recomendaciones de quienes fueron sus profesores y consejeros en México, como: Alfonso Caso⁹, Daniel Rubín de la Borbolla¹⁰ y Paul Kirchhoff¹¹, todos miembros y cofundadores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, en 1938.

Para dicho trabajo, utilizó diversas fuentes de información, como datos etnohistóricos de la colonia de Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bernardino de Sahagún en su *Códice Florentino*; fuentes pictográficas de períodos tardíos en los que se representaban diversas técnicas orfebres, además de la observación y la descripción del material arqueológico, pudiendo acceder a artefactos de otros países y a objetos in situ asociados a costumbres funerarias; estos tipos de documentación fundamentan las explicaciones brindadas sobre los procesos de manufactura. En este sentido, Aguilar utilizó este tipo de fuentes para darle una dimensión temporal a los cambios culturales, de manera que recurría al uso de material documental (crónicas, visitas, encuentros, entrevistas, fotografías, figuras, otros) pues dicha información le permitía generar datos sobre momentos determinados; esto vendría a darle a la investigación una contextualización con fundamento histórico, que permitiría profundizar en las lógicas de cambio que se han dado a lo largo del tiempo. De esta forma:

⁹ Representante de una corriente de pensamiento llamada escuela mexicana de arqueología, que significa el conocimiento de las altas culturas mesoamericanas por medio del estudio sistemático de sus diferentes manifestaciones culturales, como son la arqueología, la lingüística, la etnografía, la historia y el estudio de las poblaciones, todas integradas para entender la profundidad de las raíces culturales.

¹⁰ Rubín de la Borbolla es uno de los antropólogos mexicanos que formó parte de esa generación de personajes destacados que instauraron las bases y desarrollaron las instituciones culturales y humanísticas en las que los principios de la Revolución Mexicana se plasmaron.

¹¹ Antropólogo alemán especializado en la rama de etnología mexicana. Cofundador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1938. Investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México. Definió el concepto de Mesoamérica para el estudio y clasificación de la etnografía de la región mexicana y centroamericana.

“las fuentes pueden ser estudiadas cuidadosamente con el fin de detectar primicias descriptivas, cambios y/o continuidades, permanencias, ausencias y silencios. Claro está, tomando en cuenta los cuidados y reservas que se han de tener al trabajar con este tipo de fuente histórica” (Ibarra, 1999: p. 31).

En este trabajo se explican las formas y las descripciones de cómo se extrae el oro, la plata, el cobre y el platino nativo de Sudamérica o Norteamérica, donde la utilización de objetos se da con fines más suntuarios que utilitarios, debido al acceso restringido de la materia prima.

Para aquellos que no posean conocimiento en la materia, es un excelente libro de referencia ya que reúne conceptos, descripciones de cada uno de los procedimientos y las diversas técnicas empleadas.

El documento, en general, aborda el grado de organización social alcanzado en épocas tempranas; en definitiva, la elaboración de la metalurgia era un trabajo en equipo.

Esta investigación permite distinguir las diversas tradiciones seguidas por diferentes grupos acerca de aleaciones y la aplicación tanto de técnicas de extracción, como de elaboración, en donde propone, como dato importante, que Sudamérica y Centroamérica, son centros independientes de la evolución de la metalurgia. Aguilar establece lo que conocemos como área Istmo-Tumbaga refiriéndose, justamente, a una región específica culturalmente hablando, cuestionando la excesiva generalización planteada por conceptos tales como Área Intermedia, Haberland(1957) y Willey(1971).El concepto acuñado por Aguilar nos permite diferenciar, empíricamente hablando, la producción metalúrgica de estas regiones geográficas(COSTA RICA, particularmente),no sólo en términos de sus

motivos y estilos, sino también en aquello referente a la búsqueda de materia prima y al propio proceso de manufactura. Lo anterior nos permite reconocer de nuevo, la intencionalidad del autor en el uso del método inductivo y del esclarecimiento de los rasgos específicos de la arqueología de Costa Rica, haciendo valer un camino propio de la investigación científica y propia del modelo teórico utilizado por Aguilar y al cual ya nos hemos referido.

Algunas reflexiones finales

La Arqueología en Costa Rica. ¿Historia, Antropología o ambas?

La gran preocupación que los arqueólogos hemos venido enfrentando, en los últimos años, se refiere a la necesidad de que la disciplina no sea una actividad cuasi-histórica, “descriptiva”, “morfológica” o “secuencialista”; al contrario, queremos una disciplina que nos conduzca hacia “caminos de comprensión del género humano”, que siempre nos remita al ser humano como ser socio-cultural. Como indica Collingwood:

“El empleo que hace el arqueólogo de sus reliquias estratificadas depende de que las conciba como artefactos que servían propósitos humanos y que, por lo tanto, expresan una manera particular en que los hombres han pensado acerca de su propia vida...” (1992: p. 208).

Lo anterior nos da pie para comparar esta actividad con la que realiza un paleontólogo, por ejemplo: éste, al disponer sus fósiles en una serie temporal, no trabaja como historiador, sino como un hombre de ciencia que piensa en forma cuasi-histórica. Aquí planteamos, siguiendo a Collingwood, una diferencia importante, el historiador no estudia solo acontecimientos, esto es

en términos de su estructura formal, sino que estudia acciones que integran esa exterioridad a la interioridad, o sea, lo que se puede describir solo en términos de pensamiento. *“Todo pensar es pensar crítico; por tanto, el pensamiento que revive pensamientos pensados los critica al revivirlos”* (Collingwood, 1992: p. 211).

Quizá, resulta importante y, a manera de una acotación, decir que, si bien la historia es una ciencia porque se pregunta y se responde de una manera ordenada y sistemática, es un tipo “especial” de ciencia que razona sobre cosas concretas y no abstractas, individuales y no universales, no indiferentes al espacio y al tiempo, sino que tienen un cuándo y un dónde propios, aunque el dónde no es necesariamente que sea aquí, y el cuándo que sea ahora (solo un ejemplo: la arqueología).

Pasemos a otro punto de gran importancia: la historia es inferencial. A la historia le compete estudiar acontecimientos inaccesibles a nuestra observación, pero se nos abre el camino a partir de algo accesible a nuestra observación, artefactos, emplazamientos, para el caso de la arqueología, y que llamamos testimonio histórico de los acontecimientos que se dieron. Lo anterior lo comparte la historia y la ciencia; no se trata de simples aseveraciones, sino de una ciencia, justificación sobre el conocimiento, exhibiendo las bases en las cuales se apoya; decir inferencial es decir organizado. La historia no es memoria, pues esta no es ni organizada ni es inferencial; la memoria, para Collingwood, no es conocimiento histórico, salvo si se hace acompañar de “testimonios escritos o no escritos”.

La historia como re-creación de la experiencia pasada *versus* historia de “tijeras y engrudo”

Para abordar este punto-central para nuestros intereses- habrá que decir que el pasado nunca es un hecho dado, que podemos aprehender empíricamente mediante la percepción: ya hemos dicho que el conocimiento para el historiador(a) es inferencial o mediato.

Otro elemento se refiere a que esa mediación no puede efectuarse por medio de un “testimonio”, porque la historia no se re-construye con base en creencias; no se trata de creer ciegamente en las autoridades, sino que se trata de criticarlas. Ahora bien, entonces, ¿cómo acceder a ese pasado? La respuesta es re-creando el pasado en su propia mente.

¿Por qué lo anterior? Respondemos que:

“Todo acto de pensamiento, tal como sucede en realidad, sucede en un contexto del cual surge y en el cual vive, como cualquiera otra experiencia, como parte orgánica de la vida del pensador. Sus relaciones con su contexto, no son las de un ejemplar en una colección, sino las de una función especial en la actividad total de un organismo” (Collingwood, 1992: p. 288).

Pero se debe agregar que: “(...) un acto de pensamiento, además de ocurrir realmente es capaz de sustentarse y ser revivido o repetido sin pérdida de su identidad” (Ibíd.: 1992: p. 288). Las cosas no suceden en el vacío, sino en un contexto determinado, no olvidemos esto. El simple hecho de que tengamos la evidencia (escrita) de algunos pensamientos de alguien, no nos capacita para comprender sus pensamientos. Para comprenderlos tenemos que abordar su lectura preparados con una experiencia “suficientemente”

parecida a la suya como para hacer esos pensamientos orgánicos a esa experiencia.

Relacionado con lo anterior, podemos observar, de manera general, lo que el autor mencionado anteriormente refiere como relativo al progreso, entendido como algo más que “nuevas acciones”, nuevos sentimientos, pensamientos o situaciones de un tipo específico; precisamente, se trata de “nuevos tipos” específicos entendidos como mejoramiento.

Así, para concebir un cambio como progreso, la persona o grupo que lo ha llevado a cabo tiene que pensar en lo que ha abandonado como bueno; lo anterior debe tener la condición de conocer cómo era la “vieja manera de vivir”, esto es, que tenga un conocimiento histórico del pasado de su sociedad, viviendo en el presente a cuya creación se ha entregado porque *“el conocimiento histórico es simplemente la re-creación de experiencias pasadas en la mente del pensador presente”* (Collingwood, 1992: p. 312).

En el caso del historiador(a), lo que le convierte en un juez calificado para decir si realmente hubo progreso es, precisamente: *“...el hecho de no considerar su objeto desde un punto de vista apartado, sino que lo revive dentro de sí”* (Collingwood, 1992: p. 312).

Para finalizar este punto, una cita que nos parece muy esclarecedora y contundente:

“El viejo dogma del progreso histórico único, que llega hasta el presente, y el dogma moderno de los ciclos históricos, es decir, de un progreso múltiple que conduce hacia las “grandes edades” y luego a la decadencia son, de esta suerte,

meras proyecciones de la ignorancia del historiador sobre la pantalla del pasado” (Collingwood, 1992: p. 314).

Se resuelven las limitaciones anteriores, pero sin perder nada de las soluciones ya logradas.

Así, el progreso no es un simple hecho para que lo descubra el pensar histórico; es solo por medio del pensar histórico como se logra.

Como hemos venido indicando en líneas precedentes, han existido y existen diversas maneras de entender y abordar la historia. Haciendo eco de los planteamientos de Collingwood (1992), pensamos que la historia no debe depender enteramente del testimonio de autoridades. A nuestro juicio, la historia, y con ella la arqueología, deben esforzarse teórica y metodológicamente por establecer como referencia de su quehacer a los actores sociales.

Nunca se debe cometer la “arbitrariedad” de asumir, como verdad histórica, una afirmación hecha por una determinada autoridad, hasta que no sea sometida a la rigurosidad de la investigación científica. La palabra autoridad desaparece de las palabras propias de la ciencia histórica. Todo se convierte en fuente de información para el historiador(a), pero no como verdad absoluta; a esto se le consignó como “historia crítica”, no obstante, ¡cuidado!, se puede caer en la falacia de pensar que “asumir”, o “descartar” información es una labor estrictamente crítica y, como dice Collingwood, esto no es más que historia de tijera y engrudo. Pero el problema no termina aquí: tanto para la “historia científica”, como para la historia de “tijera y engrudo”, hay un asunto que preocupa, las implicaciones de la elección de información. ¿Se toma prestada la información? ¿Se es dueño(a) de ella?, ¿qué implica rechazar algo o asumirlo? No obstante lo anterior, diremos

que al historiador(a) siempre debe preocuparle no solo la rigurosidad sino, también, la sistematicidad al tratar las fuentes de información, los datos y las conclusiones a las que llegue. El historiador(a), dice Collingwood, no debe encasillarse analogando esto con “elevar la historia a rango de ciencia”. El historiador(a), y lo que haga, debe ser autónomo y creador (creativo).

De esta manera, la opción que nos ofrece el autor se denomina “historia como re-creación de la experiencia pasada” y, a nuestro juicio, es, sin duda, un camino que merece ser estudiado y reflexionar sobre él. El historiador (a) debe re-crear, en su propia mente, el pasado. ¿Qué pasado fue ese que dejó tras de sí reliquias, documentos, emplazamientos, inscripciones? Se trata de “descubrir pensamientos”, no solo de describir cosas.

Se trata de lograr conocimientos, es decir, pensar el pensamiento pasado y no solo tener una conciencia inmediata de él. Ahora, para evitar la crítica que indicaría un pensamiento subjetivo y no objetivo de parte del historiador(a), diremos con el autor:

“el acto de pensar no es, pues, solamente subjetivo sino también objetivo. No solo es pensar, sino que es algo acerca de lo cual puede pensarse. Pero como nunca es meramente objetivo requiere que se le piense de manera peculiar, de manera apropiada, solo a él mismo. No puede colocarlo ante la mente pensante como un objeto prefabricado, descubierto como algo independiente de esa mente y estudiado tal como es en sí, en esa independencia. Nunca puede estudiarse “objetivamente” en el sentido en que “objetivamente” excluye a “subjetivamente” (Collingwood, 1992: pp. 280-281).

Como indica Cuevas (1992: p. 52): “(...) independientemente de la intención del historiador, éste siempre interpreta, ya sea a través de la

selección de los hechos, fenómenos y proceso que presenta como relevantes, como de la descripción propiamente dicha”.

Sobre la Arqueología como ciencia histórica

El arqueólogo(a) debe tener siempre en su foco de atención a los actores sociales que conoce mediante la evidencia material, la cronología y la “parcelación” del contexto; no deben convertirla en una disciplina cuasi-histórica, por el contrario, la lucha deberá centrarse en convertirla en una ciencia social que re-crea el pasado asumiéndolo desde el presente.

Ahora, cada vez se tiene más claridad acerca de las posibilidades y de las limitaciones que presenta la práctica y la teorización en arqueología, pero de algo sí existe seguridad, no queremos practicar ni promover una “arqueología de tijera y engrudo” sino una “arqueología comprensiva y humanista”.

Ciertamente, la realidad histórica nos plantea una pluralidad de identidades y de ellas da cuenta la interpretación histórica. *“(…) es precisamente ese entramado de relaciones y sobre determinaciones lo que constituye el nivel de análisis de la historia y en donde ella más aporta para el conocimiento de la estructuración de las identidades”* (Cuevas, 1992: p. 54).

Lo que deseamos indicar aquí es que –a nuestro juicio– la historia describe, interpreta, comprende las semejanzas pero, sobre todo, las diferencias. No se trata de construir una homogeneización sobre la realidad, sino presentar una interpretación precisa del proceso histórico. La realidad es compleja,

trama de variabilidad y fuente de experiencias acumuladas, la historia registra todo esto, el historiador(a) lo investiga y haciéndolo lo re-crea.

En un trabajo anterior (Arias y Chávez, 1999), se indicaba que la Arqueología debía ser una ciencia histórica y una ciencia social; su foco de atención son los actores sociales y no “artefactos”, “evidencia material” disociada de sus hacedores.

Al retomar esta cuestión, reafirmamos esta convicción y agregamos un elemento más: la Arqueología debe ser una actividad científica, metódica y fáctica, como ya lo sabemos pero, también, una actividad creativa capaz de salirse de las ataduras que le imponen la racionalidad del método científico y el “purismo” tecnológico. Que no se mal entienda, no proponemos el desorden en nuestro quehacer investigativo, sino la posibilidad de que la intuición, la percepción y la imaginación jueguen un papel de inducción.

La Arqueología en Costa Rica, como práctica académica y profesional, es relativamente joven y reconocemos esfuerzos y logros importantes, información sustantiva de incalculable valor científico pero, también, reconocemos serias deficiencias en lo que se refiere a la interpretación y a la teorización. Otro punto que debe explicitarse lo configura las decisiones políticas desacertadas y atentatorias respecto de la conservación de la herencia arqueológica.

La Arqueología como ciencia social que es utiliza estrategias y procedimientos propios de la Antropología, entre otras disciplinas sociales, a continuación presentamos un análisis que girará en torno a cuatro ejes,

siguiendo lo que han establecido Gabarrón y Hernández (1994) a propósito de la denominada investigación participativa.

- **Factor paradigmático:** se considera la posibilidad de dar preeminencia a un orden hegemónico, que no deja espacio al desorden, a lo incierto y al azar. La crítica teórica se dirige contra los modelos positivistas y funcionalistas que han predominado por años, de igual forma se plantea que *“(...) Esos modelos, que manifiestan una incapacidad en sus métodos y técnicas para dar cuenta de realidades sociales complejas y contradictorias, mucho menos pueden dar respuestas o soluciones a problemas sociales urgentes”* (Fajardo, 1986: p. 15; Yopo & García, 1987: pp. 3–15 En: Gabarrón y Hernández (1994).

- **Factor técnico:** se considera la posibilidad de dar preeminencia a las técnicas de recolección y de análisis de la información en detrimento de las preguntas de investigación de la creatividad en los proyectos y de su pertinencia social.

- **Factor tiempo de investigación:** se considera la posibilidad de que la premura en la ejecución de la investigación arqueológica traiga como consecuencia una forma de acercarse al pasado socio-histórico, parcial y superficial; esto es, que no ahonde en las causas múltiples de la dinámica social.

- **Factor político-jurídico:** se establece la intervención en la investigación arqueológica de decisiones políticas y jurídicas (leyes y decretos) que ponen en riesgo el patrimonio arqueológico. Los requerimientos de un desarrollo no sustentable compele a las autoridades gubernamentales a

tomar decisiones que no aseguran ni el conocimiento de la realidad precolombina ni su salvaguarda para generaciones futuras.

Así las cosas, a continuación planteamos cinco consideraciones acerca de la práctica de la Arqueología en Costa Rica.

Primera: bajo ninguna circunstancia desconocemos lo que se ha hecho en la Arqueología de Costa Rica, incluyendo nuestra propia práctica, pero sí consideramos que, en este momento, es insuficiente.

Segunda: tal y como lo indicábamos en líneas precedentes, las preguntas de investigación deben ser direccionadas hacia niveles más profundos que aquellos que tratan lo espacio-temporal y lo funcional.

La disciplina nos ha indicado que el espacio y el tiempo son dimensiones de la existencia y, por ello, indispensables, pero no debemos esclavizarnos. Las cronologías y las caracterizaciones espaciales deben ser asumidas no como ejes centrales de las investigaciones arqueológicas en Costa Rica. Nos debemos animar a preguntar acerca de la etnicidad, del simbolismo, del significado de la cultura material, de sujetos y no de piezas de ajedrez funcionando en un tablero. La insistencia en la Arqueología de Costa Rica, de realizar estudios funcionalistas (patrones de asentamiento, explotación de recursos) debe dar paso a estudios en los cuales individuos y colectividades jueguen un papel activo, como lo indica Hodder (1994). Un ejemplo, en esta dirección, es el planteamiento que nos ofrece Murillo (2009) para su investigación doctoral *Social*

Change in pre-columbian San Ramón de Alajuela, Costa Rica, its relation with adjacent regions, en el sentido de sacarnos de encima modelos de cambio social que no explican especificidades y tienden a una excesiva generalización.

Tercera: la Arqueología en Costa Rica –creemos– ha sido objeto de ese orden hegemónico, en donde la innovación, el azar y lo incierto es sinónimo de actividad asistemática y desorden.

Debemos dejar paso a la imaginación “arqueológica”, a la percepción y a la intuición; bajo ninguna circunstancia el ser creativo significa ser erráticos.

La creencia de que la excesiva rigurosidad al excavar, al analizar materiales, conforma la excelencia, es engañosa, pues podríamos estar ante un culto a las técnicas y un soslayamiento del problema de investigación.

Cuarta: el tiempo de investigación, valga decir, su duración, habla no solo de la complejidad de las actividades sino, también, de la naturaleza de las preguntas de investigación. Si la pregunta central es “presencia o ausencia de evidencia arqueológica”, estamos bien lejos de acercarnos a lo central, a los sujeto(s) activo(s).

Las labores para liberar terrenos, o bien, recomendar rescates, es un nivel de investigación pero, bajo ninguna circunstancia, debe ser la investigación normal como lo denomina Kuhn (1983).

Quinta: las decisiones político-jurídicas deberían ser –en el campo de la arqueología– el resultado de criterios científico-técnicos, esto es, los arqueólogos(as) debemos ser consultados y–si no lo somos–debemos hacernos sentir como interlocutores, serios, reflexivos. Las decisiones de 1999 (Decreto Ejecutivo) fueron incorrectas, inconsultas y atentatorias, si entendemos la Arqueología como una disciplina social, que trata sobre problemas socio-culturales; si la entendemos como una disciplina técnica al servicio del desarrollo no sustentable, fueron idóneas.

Para finalizar, la cuestión que tratamos tiene que ver con la formación académica y profesional, con la ética disciplinaria, con concepciones de mundo, con intereses personales, con intereses patrióticos, con realidades sociales; solo unidos, buscando consensos, enfrentando con madurez las críticas, pensando y actuando holísticamente, conjuntando esfuerzos inter-institucionales, promoviendo leyes y decretos acordes con la conservación del patrimonio arqueológico, haremos de la disciplina arqueológica una ciencia social capaz de dar cuenta de una historia compleja, dinámica y multicausal y así aportar para la transformación de una realidad actual, cuyas raíces se hunden en esa historia ancestral.

Nuestras reflexiones finales se conforman a partir de lo que Aguilar realizó en su vida académica y personal. Nuestro autor, si bien hizo importantes aportes, propios de un marco teórico histórico-cultural, como las descripciones exhaustivas, las secuencias culturales, la tipología como método de clasificación y el control estratigráfico, sobrepasó eso que hemos denominado en líneas precedentes, historia de tijeras y engrudo, atravesando niveles de interpretación propios de un científico social comprometido no

solo con la Ciencia si no con su país, con su papel de académico y, sobre todo, con su rol de patriota. Don Carlos amó a su país, a su historia, a sus costumbres, a sus gentes, fue un viajero incansable, recorrió Costa Rica de costa a costa, de frontera a frontera, conoció y vivió intensamente todas esas condiciones socio-culturales que caracterizan a nuestra sociedad; don Carlos siempre dio un paso más adelante, se animó en lo relativo a lo simbólico de los materiales arqueológicos que trató, dibujó con esmero y precisión el carácter chamánico de los contextos que estudiaba, amó la orfebrería hasta llegar a realizar réplicas de gran valor estético pero, sobre todo, se vio fascinado por la riqueza de formas que le era ofrecida en los materiales arqueológicos que procesó durante años.

Asimismo, como ya lo hemos mencionado, escudriñó con avidez las representaciones chamánicas que iba encontrando en la cerámica, en la lítica, en el oro..., estudió las religiones indígenas y comprendió, como pocos, el valor inestimable de ese pensamiento ancestral. Don Carlos fue un arqueólogo sí, pero, sobre todo, fue un humanista, sencillo, apasionado, estudioso y trabajador; siguiendo a Collingwood (1992), una persona que se esmeró por realizar una historia socio-cultural de las sociedades precolombinas, no una de tijeras y engrudo.

Sea este un sencillo homenaje para una gran persona con quien aprendí a amar intensamente la vida académica y nuestra historia ancestral.

Bibliografía

Aguilar, Carlos (1948). *Joya excepcional de las culturas del septentrión mesoamericano encontrado en Nicoya*, pp. 16-19. En: Boletín del Museo Nacional de Costa Rica, T.2 (1). San José, Costa Rica

- Aguilar, Carlos (1949). Escuela Indígena Costarricense, Trabajo de Incorporación a la Academia de Geografía e Historia, San José, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos (1952). El complejo de las cabezas trofeo en la etnología Costarricense. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica
- Aguilar, Carlos (1953). *Retes, un depósito arqueológico en las faldas del Irazú*. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1969). El juego de pelota en la Gran Nicoya. Revista de la Universidad de Costa Rica, Numero 26: 35-38
- Aguilar, Carlos. (1970). *Introducción al estudio tipológico de la orfebrería del Istmo Tumbaga*. XXXIX Congreso Internacional de Americanistas Lima, Perú. Universidad de Costa Rica.
- Aguilar, Carlos (1972a). *Guayabo de Turrialba: arqueología de un sitio indígena prehispánico*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1972b). *Colección de objetos de oro del Banco Central*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1972c). *Contribución al estudio de las secuencias culturales en el área central de Costa Rica*. San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1974). *Asentamientos indígenas en el Área Central de Costa Rica*. América Indígena 34(2):311- 317. México, D.F.
- Aguilar, Carlos. (1974b). *Un monolito zoomorfo en el parque arqueológico de Guayabo de Turrialba*. Informe Semestral, Julio-Diciembre. Instituto Geográfico Nacional, San José.
- Aguilar, Carlos. (1975). El Molino: un sitio de la fase Pavas en Cartago. En: Vínculos 1: 18-56. Revista del Museo Nacional de Costa Rica. San José, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1976). Relaciones de las culturas precolombinas en el Intermontano Central de Costa Rica. Vínculos 2(1):75-77.

- Aguilar, Carlos. (1980). Presencia temprano del cobre en el Intermontano Central de Costa Rica. En: La antropología americanista en la actualidad. 1:363-367. Editores Mexicanos Unidos.
- Aguilar, Carlos (1981). Parques arqueológicos en el Área Intermedia: estudio de dos casos; Guayabo de Turrialba en Costa Rica y El Caño en Coclé, Panamá. En: Arqueología de rescate. The Preservation Press, Washington, D.C.
- Aguilar, Carlos. (1984). Introducción a la arqueología de la región del Volcán Arenal: Tefraestratigrafía y secuencia cultural. Anales de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica 1979-1980-1981-1982, pp. 55-87. Imprenta Nacional. San José, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos (1986). *Religión y magia entre los indios de Costa Rica de origen sureño*. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1989). La orfebrería en el México Precortesiano. En: Orfebrería Prehispánica. Corporación Industrial San Luis; pp. 11- 104. México D.F.
- Aguilar, Carlos. (1996). Los usékares de oro. Fundación Museos Banco Central, San José, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (1996b) Metalurgia Prehispánica. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. Documento Inédito.
- Aguilar, Carlos. (2003). El Jade y el chamán. Editorial Tecnológica de Costa Rica, Cartago, Costa Rica.
- Aguilar, Carlos. (2007). Amarre del Río Reventazón. Texto Inédito. Febrero, 2007.
- Aguilar, Carlos y Rodolfo Tenorio (1984). Informe preliminar de la primera temporada de exploraciones arqueológicas en el Monumento Nacional de Ujarrás: excavaciones en el área del convento. Universidad de Costa Rica.
- Aguilar, Carlos, Arias Q, Ana C. Castillo C, Dalia. Chávez C, Sergio. Baumgarten R. Margot y Rojas G, Mirna. (2010). Historia de Costa Rica, Tomo I: Los primeros pobladores. Grupo Nación.

- Arias, Ana Cecilia & Chávez, Sergio. (1999). La arqueología como Ciencia Social, posibilidades y limitaciones en Costa Rica. *Repertorio Americano*. Nueva Época N.º 8, julio-diciembre. San José, Costa Rica.
- Alcina Franch, José. (1996). La Antropología en el México de hoy. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*. N.º 549-550, marzo-abril. Págs. 33-42. Disponible en: <http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/mcp/01371630677833837440035/210087.pdf?incr=>
- Bate Luis F. (1977). “Arqueología y Materialismo Histórico”. Ediciones de Cultura Popular. México.
- Bate, Luis (1989). Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica. Boletín de Antropología Americana No.19, Julio de 1989IPGH.México
- Bate, Luis F. (1998). “El proceso de investigación en Arqueología”. Editorial Crítica España.
- Binford, Lewis. (1962). Archaeology as Anthropology. En: *American Antiquity*. Vol. 28, N.º 2, Oct. Pp. 217-225.
- Bolaños, Margarita & Carvajal, Kenneth. (2006). Las pericias de la investigación antropológica costarricense. En: *Cuadernos de Antropología*. Laboratorio de Etnología “María Eugenia Bozzoli”. Vol.16.Diciembre.Pp. 12-137.
- Brew, John Otis. (1946). The Archaeology of Alkali Ridge, Southeastern Utah, with a Review of the Prehistory of the Mesa Verde Division of the San Juan and Some Observations on Archaeological Systematics. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology.Vol. 21. Harvard University, Cambridge.
- Carmack, Robert. (1993). Introducción: Centroamérica aborígen en su contexto histórico y geográfico. En: Robert M. Carmack (Ed.). *Historia general de Centroamérica*. Vol.I Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

- Chacón, Rubén (Análisis y Comp.).(2001). *Pueblos indígenas de Costa Rica: 10 años de jurisprudencia constitucional (1989–1999)*.San José, Costa Rica: Impresora Gossestra Intl. S.A.
- Childe, V.Gordon. (1929). *The Danube in prehistory*. Oxford: Clarendon Press.
- Childe, V.Gordon. (1944). *Progress and Archaeology*, 1944, London: Watts & co.
- Childe, V. Gordon (1973) *La Evolución Social*. Alianza Editorial. Madrid, España.
- Collingwood, R.G. (1992). *Idea de la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cuevas, Rafael. (1992). Reflexiones sobre la relación entre identidad e historia. En: *TEMAS. Revista del Ministerio de Cultura*. N.º 22. La Habana, Cuba.
- Cuevas, Rafael. (2003). Tendencia de la dinámica cultural en Costa Rica en el siglo XX.Serie *Cuadernos de Historia de las Instituciones*: N.º 10.San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- CSUCA/Programa Centroamericano de Ciencias Sociales. (1978). *Estructura agraria, dinámica de población y desarrollo capitalista en Centroamérica*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana Colección Ciencias Sociales (Educa).
- Darwin, Charles. (2006). *El origen de las especies*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- De Mayer G., Rosita. (1994). La filosofía de la historia de R. G. Collingwood. *Revista de Filosofía*. Vol. IV. N.º 14. Enero–Junio. Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica.
- Fernández de Rota, José A. (2005). *Nacionalismo, cultura y tradición*.Barcelona: Editorial Anthropos.
- Fernández, Víctor M. (2006). *Una arqueología crítica, ciencias, ética y política en la construcción del pasado*. Barcelona: Editorial Crítica.

- Fonseca, Óscar y Fonseca, Elizabeth. (1989). Entrevista a don Carlos Aguilar Piedra. En: *Revista de Historia de Universidad de Costa Rica*. N.º 18. (Julio-Diciembre).
- Ford, James Alfred. (1954). On the concept of types, an article by J.A. Ford with discussion by J.H. Steward. *American Anthropologist*. Menasha, Wis., n.s., v.56, p. 42-57.
- Gabarrón, Luis & Hernández Landa, Libertad. (1994). Investigación participativa. *Cuadernos metodológicos*. N.º 10. Madrid, España: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Haberland, Wolfgang. (1957). Black on Red Painted Ware and Associated Features in the Intermediate Area. *Ethnos* 22 (3-4):148-161.
- Harris, David R. (ed) (1994). *The archaeology of Gordon Childe: Contemporary Perspectives*. Carlton, Vic.: Melbourne University Press.
- Hodder, Ian. (1990). Análisis espacial en arqueología. Barcelona: Editorial Crítica.
- Hodder, Ian. (1994). *Interpretación en arqueología, corrientes actuales*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Hurtado de Mendoza, Luis. (2004). *Guayabo: historia antigua de Turrialba*. Tibás, Costa Rica: Litografía e Imprenta LIL.
- Ibarra, Eugenia. (1999). *Intercambio, política y sociedad en el siglo XVI. Historia indígena de Panamá, Costa Rica y Nicaragua*. CIHAC, Universidad de Costa Rica.
- Jarman, M. R., Vita Finzi, C. & Higgs, E. S. (1972). Site catchment analysis in archaeology. En: Ucko, P., Tringham, R. & Dimbleby, C. (Eds.). *Man, settlement and urbanism*. London. Duckworth. Pp. 61-66.
- Kirchhoff, Paul. (1943). Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *Acta Americana*. Vol. 1.

- Korsbaek, Leif & Sámano, Miguel Ángel. (2007). El indigenismo en México: antecedentes y actualidad. En: *Revista Ra Ximhai*. Enero-abril, Vol. 03, número 001. P. 195-224. Universidad Autónoma Indígena de México.
- Kuhn, Thomas. (1983). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lanata, Jose L. & Aguerre, A. (2004). *Explorando temas de arqueología*. Barcelona: Gedisa.
- Lempéri`ere, Annick. (1995). *Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural*. Mex, XVI: 2. Disponible en: http://historiamexicana.colmex.mx/pdf/13/art_13_1937_16329.pdf Consultado el 17-11-2008, 3:56 p.m.
- Lumbreras, Luis. (1974). “La Arqueología como ciencia social”. Ediciones Librería Allende, México.
- Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Costa Rica. Disponible en: http://www.mcjder.go.cr/magon/carlos_aguilar_piedra_2004.html Consultado el: 8/9/2008, 04:52p.m.
- Murillo, Mauricio. (2009). Social change in pre-columbian San Ramon de Alajuela, Costa Rica, and its relation with adjacent regions. Tesis para optar por el grado de Doctorado de la Universidad de Pittsburg.
- Molina, Iván & Palmer, Steven. (2002). *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. 3.ª reimpresión. San José, Costa Rica.
- Nahmad Sitton, Salomón. (1988). Corrientes y tendencias de la antropología aplicada en México. Indigenismo. En: *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Universidad Autónoma Metropolitana – UNIDAD IZTAPALAPA. *Cuadernos de La Casa Chata* N.º 160.
- Nalda, Enrique. (2004). La arqueología mexicana y su inserción en el debate sobre diversidad e identidad. En: *MUSEUM International*. N.º 227. Cultural Diversity and Heritage. UNESCO.

- Quesada, Juan Rafael. (2003). *Estado y educación en Costa Rica. Del agotamiento del liberalismo al Estado interventor: 1914-1949*. Serie Cuadernos de Historia de las Instituciones: N.º 5. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Sanoja, Mario. E Iraida Vargas (1978). “Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos”. Monte Avila Editores, Caracas, Venezuela.
- Schiffer, Michael. (1972). Archaeological context and systemic context. En: *American Antiquity*. 37:156-165.
- Snarskis, Michael. (1978). *The archaeology of the Central Atlantic watershed of Costa Rica*. Columbia: Columbia University.
- Trigger, Bruce. (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Vargas, Iraida. (1990). *Arqueología, ciencia y sociedad*. Caracas, Venezuela: Editorial Abre Brecha.
- Watson, Patty, Le Blanc, Steven & Redman, Charles. (1974). *El método científico en arqueología*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Wiley, Gordon R. (1953). *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Peru*. Bureau of American Ethnology Bulletin 155. Washington, D.C.
- Wiley, Gordon R. (1958). *The intermediate area of Nuclear America: its prehistoric relationships to Middle America and Peru*. En: XXXIII Congreso Internacional Americanistas. Vol. II. San José de Costa Rica: Imprenta Lehmann.
- Wiley, Gordon R. (1971). *An Introduction to American Archaeology, Vol. 2: South America* (Prentice Hall: Englewood Cliffs, NJ)
- Wiley, Gordon & Phillips, Phillip. (1958). *Method and Theory in American archaeology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wiley, Gordon R. & Sabloff, Jeremy A. (1980). *A History of American archaeology*. 2 Vols. San Francisco: W.H. Freeman and Co.